

EL IMPACTO DE LA TELEVISION

UNA DIFICIL JERIGONZA LA RADIO Y LA TELEVISION

EN la televisión también se ha impuesto una cierta literatura altisonante, muy característica en su portabilidad escrita, cuando nos resulta molesta en extremo: no sabemos si mencionado señor se está riendo de nosotros o el pobre no tiene ninguna idea y precisa hablar así para enmascarar su menesterosidad intelectual.



Porque esa literatura o manera de hablar da la sensación de que se está diciendo algo profundísimo, cuando la realidad es que se trata de una pura jerigonza vacía que no significa nada. Así todos los días después de tributar los extremos y de todo punto ofensivos al poder menos sensible a los visitantes de los estudios de televisión, escuchamos cosas por este estilo: «Cuál es el peso específico de la moda de esta temporada?» Y el ilustre entrevistado contesta: «Ese peso específico tiene dos vertientes...» ¿De veras que lo saben los mismos que lo dicen?

Pues, a veces, oímos comentarios enteros que hablan de "trascendencias", "radiaciones", "fechas históricas" y otras cosas semejantes o más difíciles todavía que se aplican sin discriminación y contra su evidente significado para dar impresión de profundidad, seguramente. Pero si esto ocurre en cuanto a la forma me parece un muy peliados síntoma en cuanto al fondo el que los televidentes habituales sepan, en cuanto se anuncia un comentario sobre cualquier acontecimiento, lo que el comentarista va a decir. (Tan pobre es la baraja de posiciones espirituales y de reservas mentales de los hombres que nos hablan o escriben para la pequeña pantalla!

Pero el colmo es que para hablar de medias se emplea ese léxico tan especial, casi tan especial como los vestidos, joyas o muebles que se exhiben. Por ejemplo, algo así como: "Las tonalidades de este conjunto se confunden para lograr un resultado efectivo" o "este arcon de líneas románticas tiene un profundo sabor arqueológico". Todo esto es otra cosa que tonterías disfrazadas con palabras

rebuscadas? ¿Es otra cosa que anemia mental?

Con todo, ese léxico y esas "ideas" o parecidas están siendo el deleite de lo que algunos llaman la minoría, exquisita y demás. Incluso ha habido espacios televisivos, aburridos para la gente corriente, que la minoría ha tenido por verdadero placer de dioses y que, en realidad, son verdaderamente insufribles por su mediocridad y su inferioridad mental evidentes. Recuerdo ahora las elucubraciones del señor Marsillach y su crítica misonista y xenófoba o las ideas recientemente vertidas sobre el materialismo por un locutor de televisión, según el cual el mundo moderno nadaba en el materialismo, pero afortunadamente todavía había quien esperaba a la primavera. A esto lo llamaba este señor espiritualismo y reservas espirituales y demás cosas de esas, ipañados estaríamos si eso fuese espiritualismo! Pero no podemos reprochar nada a un locutor de televisión, cuando las que nos aseguran que son eminentes

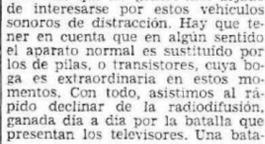


personalidades nos dijeron, la otra noche, que nunca había habido persecución contra los judíos en España y que Felipe II solucionó ya el problema obrero. Vuelvo a preguntar. ¿Esto es reírse de los televidentes de buena fe que carecen de cultura o es lo otro? Pero uno no se imagina a nadie medianamente culto diciendo estas cosas en serio. Y además con esa difícil jerigonza de la "trascendentalidad" y demás.

Se siente, en fin, una infinita tristeza al pensar lo que podría significar la televisión concebida y realizada de otra manera y al tener que emitir críticas tan absolutas, si se quiere ser mínimamente honrado.

J. J. L.

EL cent de la radiodifusión ha pasado hace algún tiempo. Incluso en las cifras de fabricación se advierte una considerable reducción de aparatos contruidos en nuestro país, lo que indica palpablemente que las gentes han dejado de interesarse por estos vehículos sonoros de distracción. Hay que tener en cuenta que en algún sentido el aparato normal es sustituido por los de pilas, o transistores, cuya boga es extraordinaria en estos momentos. Con todo, asistimos al rápido declinar de la radiodifusión, ganada día a día por la batalla que presentan los televisores. Una bata-



lla que tampoco han sabido planear inteligentemente las cadenas de emisoras españolas. La mediocridad de sus programas ha conseguido alejar una masa adicta de seguidores fieles, que se desentendían, entre desilusionados y asqueados, de una radio excesivamente mercantilizada y chabacana. No es una acusación directa contra nadie; hoy día a poca gente le interesa lo que se dice por la radio. La publicidad, seguramente muy mal encauzada, ha sido el cáncer que ha aquejado de muerte a las difusoras sonoras del país. Junto a una publicidad exagerada y mal presentada, tantos y tantos programas sin interés, gracia ni estilo. Aunque la televisión no hubiera llegado, es fácil predecir que el caso de la radio era inevitable. La producción de estos receptores va cayendo fuertemente durante estos años. Así durante 1960 se llegaron a construir 245.000 aparatos, que ya en 1961 quedaron en 220.000, para rozar los 200.000 en 1962, cifra que a finales del año en curso veremos muy mermada.

Por el contrario, la televisión aumenta sus volúmenes de producción en forma casi vertiginosa. De apenas 39.000 aparatos en 1960, se cubrió la meta de 64.000 en 1961 y durante el anterior año fueron más de 100.000, estimación que se verá rebasada en 1963.

Estas son las realidades estadísticas, cuya elocuencia es significativa. Si la televisión no ha destronado definitivamente a la radio ha sido a causa de sus elevados precios de coste, pero, con todo, lo conseguirá no tardando mucho tiempo. La lucha entablada es desigual y de ella podría salir dignamente situada la radio, siempre que planteara su supervivencia dentro de un esfuerzo de calidades, amabilidad y selección, objetivos que vemos muy remotos en el pobre panorama de los programas y emisiones que se difunden. Indudablemente que televisión y radio pueden muy bien complementarse y de hecho algo de esto sucede en los países mayores de edad en ambas formas de transmisión. Pero ante dos programas de bajo tono, preferiríamos naturalmente el más completo, que en este caso es la televisión. Es necesario, por su propia supervivencia, que las emisoras del país se planteen seriamente la cuestión. Y con todo habrán de en-

contrar para sus menguadas huestes un mínimo de alicientes, siempre bajo la idea de una calidad. Los alardes de colosalismo publicitario y las lacrimógenas historias de sentimentalismo rosa o folletinesco acaban cansando a sus propios seguidores.

Evidentemente, la televisión no se encuentra en la misma situación. Su curva de crecimiento está empezando y su éxito de futuro está asegurado. Es hora de exigir a sus programas una mayor madurez. Que sepan sus rectores que va dejando de ser vehículo minoritario, que su difusión se extiende por ciudades, pueblos y aldeas, y que incluso para determinados sectores de la vida rural es el único medio de enlace que mantienen con la cultura.

Porque la televisión española nos ofrece dos contrastes perjudiciales. De un lado vemos demasiada especialización, charlas y disertaciones dirigidas poco menos que a sabios. En cambio, en otro sentido, resulta excesivamente populachera, escasamente artística.

No es nuestra intención el señalar con el dedo, pero hay programas en la televisión que piden a gritos por su eliminación. Hay, y esto es lo importante, una mentalidad de media burguesía, por la que se da a entender que todo televidente sentado ante la pantalla, se encuentra confortablemente instalado en la vida. Así, por ejemplo, esos desfiles de modelos, esas recetas de cocina para confeccionar platos que sólo están al alcance de muy pocos, esas panorámicas lujosas, esos alardes de buen vivir y ese dirigirse al espectador en tono

dogmático, como en posesión de las verdades de los siete sabios de Grecia. Desmenuzar los distintos programas y criticarlos severamente sería tarea fácil al alcance de cualquiera. No escatimaremos el elogio, por desgracia muy espaciado, para esas contadas veces en las que se acertaría. Pero nuestra misión es señalar, con el deseo de que se corrijan deficiencias.

El tiempo corre demasiado deprisa y ya la televisión va entrando en muchos de los hogares españoles. Y donde no entra, también llega por medio de los receptores colocados en lugares públicos. ¿Será necesario decir que se va a convertir en un gigantesco espectáculo de masas? Muchas cosas se pueden decir por la televisión y lo que es necesario es que no se queden sin



decir, que se llegue a la gente por el camino más directo y que en definitiva sea arma clara de la cultura. Si así no sucede, los mismos que han dejado desilusionados la radio, volverán la espalda a la pequeña pantalla. Y sólo se arrastrarán delante de ella ante un partido de fútbol o una corrida de toros, un pobre consuelo cuando tantas cosas se pueden decir y hacer.

MIGUEL ANGEL PASTOR

EL CABALLO DE TROYA



HUMOR Y TELEVISION

DESPUES de ver en la televisión a Cassen, a Gila, o al Zorro, muchos miles de personas se acuestan sonrientes aún. Se remiten los problemas personales para el día siguiente, se rompe la tensión de los problemas colectivos, si existen, hay un relajamiento general, podríamos decir, nacional, tal es su alcance. Es evidente que el humor tiene una función social y política, y que la tiene especialmente cuando su proyección es masiva, como lo es gracias a la televisión.



Ante el humor podemos preguntarnos, como ante cualquier otro fenómeno social, en qué medida es conveniente... Nadie duda que el humor, en su justa medida, es conveniente e incluso necesario. Se trata por ahora de una cuestión puramente cuantitativa. Pero al humor hay que analizarle en el contexto de una situación general. Supongamos una situación en la cual ciertos aspectos a los que debería dárseles mayor importancia se encuentran abandonados, desatendidos... en este caso si el humor ocupa un espacio desproporcionado o una importancia relevante, hemos de pensar que el humor persi-

gue unos fines muy concretos o en todo caso las consecuencias, desproporcionadas frente a las de otros fenómenos sociales, pueden ser peli grosas...

Empezamos a entrar en un humor distinto ya, no sólo cuantitativa, sino cualitativamente. El humor se torna en relajamiento total, cuando debiera ser esparcimiento, en adormidera, en olvido de la realidad. Abona el conformismo y el atolondramiento. Cabe preguntarse entonces si el humor no pretende desarmar o por lo menos si sus consecuencias no son una especie de desarme psicológico... «Me he reído —dice Biron— y he quedado desarmado.» El humor es el placer y como tal puede ser una compensación de otras privaciones. Recordemos el dicho: «comer no comeremos, pero reir...»

Si un individuo se ríe en el interior de su madre, como Mersault, el personaje de Camus, decimos: ahí hay un desplazado, un hombre sin sentido de su situación, de la justa medida de las cosas, perdido, alienado, sin sentido de la realidad. Si un pueblo ríe más que piensa, podemos aventurar que ese pueblo no encuentra más escapatoria que la risa.

Que el humor puede ser una escapatoria es evidente. Cualquier problema que solemos abordar en nuestras típicas tertulias o junto a la barra de un bar, suelen terminar con un chiste... Es la salida de nuestra impotencia. Convencidos conscientes de

CUATRO MILLO- NES DE NIÑOS SIN PADRE

BONN. — Cuatro millones de niños crecen actualmente en la Alemania Oeste sin padre, hijos naturales, hijos de padres divorciados y huérfanos —acaba de declarar el alcalde de la prisión de Amberg, Joseph Raucher—, que ve en este hecho una de las explicaciones del aumento de la criminalidad en la República Federal.

PLAZA DE ESPAÑA

una espita por donde se nos escapa cierto buen nerviosismo... Una medida de ascetismo conveniente sería la de cerrarnos esta escapatoria del humor «desmesurado» en el espacio y peligroso por su signo, de este humor de compensación, arma de doble filo. C. ALONSO DE LOS RIOS

Visítad el Museo Nacional de Escultura



TELEDIARIOS

CUANDO la prensa se difundió por todo el mundo y con su fabuloso poder de expansión llegó a los rincones más escondidos de los cinco continentes, nació para el mundo social de las ideas y la política "el cuarto poder". Con la mágica inventiva de los hombres y la sabiduría de los científicos que han sabido desentrañar los laberínticos secretos de la técnica, ha nacido para el mundo moderno ese misterio, casi increíble, que con la televisión se repite todos los días. La televisión es ya en muchos países, y está a punto de convertirse en el nuestro, otro brazo y muy poderoso, del "cuarto poder". Pero así como la prensa es la información de los hechos a través de la diversa ideología de los distintos grupos que en ella trabajan, la televisión, por sus especiales características de costes técnicos y de lo complicado de su organización, es una información que debe estar basada en el más estricto sentido de servicio público. Es decir, un servicio, que al menos ahora y por las características que antes anunciábamos, que estando al alcance de toda la comunidad esté detenido por el organismo superior del Estado. Pero cuando el Estado detenta un servicio de esta categoría que afecta a la casi totalidad de la co-

munidad ciudadana, debe de respetar el más estricto sentido de la imparcialidad.

La labor de un Gobierno o de los hombres de ese Gobierno tienen cabida, indiscutible y razonable, en ciertos órganos de la prensa y en otros medios de difusión y propaganda. Pero la televisión, naturalmente pensamos en abstracto, es un servicio público del cual es tributario la comunidad y que detenta el Estado, pero no un Gobierno. Los "telediaros", esos larguismos, interminables y pesadimos "telediaros" de nuestra televisión siguen una norma muy diferente a la que nosotros creemos razonable y lógica, entendiéndolo por lógica y ra-



zonable a la idea que nosotros nos hemos forjado de la televisión. Gran parte de las emisiones de los "telediaros" no son más que el recibimiento por el que nos enteramos de los viajes, de los recibimientos, de las entregas, de las recepciones, de las conferencias de nuestros hombres de Gobierno. Y todo esto que como información nacional estaría bien, se convierte en aburrida propaganda al hacerla reiterativa y repetirse, en muchas ocasiones, varias veces al día. Para completar una información televisiva está la prensa, ya que la información en la televisión debe de ser el escueto y rápido "flash" pe-

LA NOVELA DEL LUNES

riodístico de una noticia. Debido al exceso y superabundancia de esa sección informativa, tenemos la sensación, a través de los "telediaros", de que lo único que pasa en nuestro país es el viajar, recibir, entrevistar y hablar de nuestros hombres públicos. Esto, naturalmente, va en detrimento, por espacio y tiempo, de las demás cosas que, realmente suceden en el país, y que sospechamos no están vacías de interés.

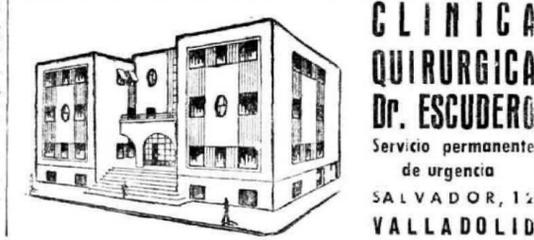
Por otra parte, los "telediaros" hacen caso omiso de la fecha en que suceden los acontecimientos y, muchas veces, no nos enteramos de si el hecho relatado ha tenido lugar hace un año, un mes o un día, sencillamente porque no nos lo dicen. Los "telediaros" pecan también de excesiva parquedad en las noticias referentes al extranjero y de la no menos excesiva información de las cosas sin importancia que suceden en la capital del país. Pero, por encima de todo acierto o defecto, los "telediaros" son aburridos, tremendamente aburridos, porque carecen, raiga la expresión, del sentido dinámico de la noticia y del reportaje.

JAVIER PEREZ PELLON

Casa SANTAREN VALLADOLID



—¿Está esa plaza libre?



CLINICA QUIRURGICA Dr. ESCUDERO Servicio permanente de urgencia SALVADOR, 12 VALLADOLID



nuestra magna venta de julio llega triunfalmente a SUS ULTIMOS DIAS en todas las secciones GRANDES REBAJAS con nuevos articulos y mejores precios ¡Aproveche esta ocasion unica! almacenes fuente dorada LOS ALMACENES DE VALLADOLID